



Luis Alonso Luengo

LA PEQUEÑA HISTORIA DEL ABANICO

(publicado originalmente en TEORÍA Y HECHOS, el 10 de diciembre de 1945)

La prensa de comienzos del siglo XX brindó a los escritores, a través de los suplementos literarios, enormes posibilidades para la creación literaria.

El Imparcial, La Vanguardia o ABC, desde el siglo XX, y El Debate y El Sol, en el XX, con la publicación regular de la colaboración de autores tan destacados como José Ortega y Gasset, Mariano de Cavia, Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo o Ramón del Valle-Inclán, contribuyeron a que el artículo literario adquiriera un gran prestigio. Y serán, precisamente, los modernistas, por su preocupación estilística, los que mantengan la calidad estética hasta bien entrado el siglo.

Luis Alonso Luengo nos ofrece en este artículo, publicado en la década de los cuarenta, una recreación, entre nostálgica y totalizadora, de lo mejor de la prosa modernista, en el que consigue retrotraernos al más puro modernismo de origen francés, amalgama de la elegancia verbal, la frase preciosista, el interés por lo descriptivo y el universalismo de los parnasianos, con el gusto por la búsqueda de correspondencias misteriosas de los objetos, el recurso al mundo prenatal, el orientalismo, la temática palaciega, lo suntuario, el interés por lo irracional y la correspondencia entre lo visual y lo emocional de los simbolistas. A todo esto habría que añadir su deuda con el romanticismo, apuntada en la mirada al pasado medieval.

Este artículo representa la fidelidad a un movimiento, como fue el Modernismo, en el que Luis Alonso Luengo se formó inicialmente como escritor, y por el que siempre sintió auténtica veneración. Constituye también un excelente ejemplo de que el Modernismo conserva, en fechas tan tardías como la década de los 40, toda su vigencia y belleza.

EL ABANICO EN LA LITURGIA

Se balancea la silla gestatoria, y sobre ella, alta, la tiara de pedrería se recorta en el aire frío y claro de Roma, sobre un fondo de piedras doradas y un mar de apiñadas cabezas que ondulan. A ambos lados de la silla, dos presbíteros empuñan largas varas, que terminan en plumeros de plumas de pavo real, a los que mueven con suave vaivén, venteando el rostro del Pontífice.

De pavo real, precisamente, han de ser las plumas aquéllas, ya que el pavo real, símbolo para el cristianismo de la Eucaristía, lo es también de la eternidad, por ser ave que renueva constantemente la sin igual belleza de sus plumas.

No se trata, pues, de ahuyentar el calor del rostro de Su Santidad. Es el abanico como signo litúrgico. Es el mismo *ventable* de los faraones egipcios y de las patricias romanas, pero con un alto sentido simbólico.

¿Cuándo el enorme *ventable* se transforma en pequeño abanico, y cuándo pasa a ser movido por la propia persona a quien airea? Al amanecer de la Edad Media, lo encontramos breve ya, y adoptando la forma de arcángel o serafín, en manos de los diáconos, y con esta sola finalidad: la de resguardar la sagrada hostia, durante la misa, del vuelo y la picadura de los insectos. Pequeños abanicos de plata, de seda o de plumas, en forma de rueda, construyen todas las basílicas para este uso, práctica ya más que litúrgica. Y los inventarios de la Catedral de

Salisbury, de Londres, o de Saint-Riguiet, los anotan así; *Flabellum ad muscas, a sacrificiis abigendas*.

Instrumento contra los insectos o el calor, el abanico, en la Edad Media, coexiste con el *ventable* o *mosquero*, que, en la mesa real, ha de ser manejado sobre la cabeza del soberano -tal ordena, entre otros, el protocolo de la corte de Aragón- por un magnate de los más preeminentes.

EL ABANICO Y LA MUJER: LA LEYENDA DE KAN-SI

La historia del paso del abanico a manos femeninas, y su transformación en instrumento decorativo, o sentimental, se nos escapa con aire sugestivo de leyenda. ¿Fue la propia Venus, en cuyas manos Homero y Anacreonte ponen el abanico, la que ideó su expresión, su más suave o más rápido moverse sobre el rostro, como niebla rapidísima, o su quietud sobre los labios, bajo los ojos pensativos?

Kan-Si, bellísima hija de un mandarín chino, asistía aquella noche a la Fiesta de las Antorchas cubierta, como era de ritual, con su máscara inmóvil. Las llamas de las teas acuchillaban la negrura y ponían movibles transparencias rojas sobre las flores y las fuentes de los jardines, y sobre los ojos oblicuos de la muchedumbre cortesana, que se inclinaba ceremoniosa. Asfixiaba el ámbito. Bajo la máscara jadeaban angustiosos los labios de Kan-Si, ¿Se la arrancaría del rostro? Dejar éste al descubierto significaba gravísima falta. ¿Entonces? Rápida separó la careta, suavemente, de las mejillas, y moviéndola sobre el rostro, al propio tiempo que aspiraba voluptuosa y se daba aire con ella, construía, con el movimiento un tenue velo movable que ocultaba sus facciones, insinuándolas como entre bellísimas neblinas. Las demás doncellas que asistían a la fiesta hicieron lo propio, y fue todo el ámbito un finísimo aleteo de insospechados matices, que daba a la línea femenina un encanto tierno, gracioso y sorprendente, en amable, conjunción con el perfume, la piedra preciosa y la sonrisa.



Retrato de Olga en un sillón (1917)
Óleo sobre lienzo, 130x88,8 cm, Museo Picasso, París

EL ABANICO EN EL SALÓN

Desde el Oriente exótico, los cruzados trajeron el abanico, con este sentido ya, a Europa. Nace el abanico plegable con Catalina de Médicis. Su hijo, Enrique III, impone su uso entre los caballeros de la corte. Y ello (prenda exclusivamente femenina ya el abanico) da pábulo al poema satírico *La Isla de los Hermafroditas*.

El abanico toma ahora asiento en el salón. Watteau, Boucher, Laucet, minian los abanicos con escenas mitológicas o pastoriles. Se construyen abanicos con secretos; con reloj en la empuñadura, o adoptando forma de violín, para que con él -a modo de batutadirija la orquesta el director del baile. Los poetas escriben versos en los abanicos, que se imponen definitivamente como arma femenina de la sagacidad, de la prudencia o de la emoción.